

LOS LUGARES Y EL POLVO

Roberto Peregalli

Los lugares y el polvo
Sobre la belleza de la imperfección

Traducción de
Ernesto Hernández Busto

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *I luoghi et la polvere*
© Roberto Peregalli, 2010

© de la traducción, Ernesto Hernández Busto, 2020

Imagen de la cubierta: Casa abandonada en la región de Parma
Fotografía del autor

De esta edición:
©Editorial Elba, S.L., 2020
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

*A R.M. y L.S.,
mis interlocutores fundamentales
de ayer y hoy.*

Sólo aquello que aparece en el mundo
como algo de poca monta
llegará alguna vez a ser cosa.

HEIDEGGER, *Ensayos y discursos*

ÍNDICE

Introducción · 11
Las fachadas · 17
Los cristales · 29
El blanco · 43
La luz · 51
Lo gigantesco · 63
Las ruinas · 79
Las reconstrucciones · 91
La pátina · 101
El ornamento · 111
Los museos · 121
La mimesis · 131
Postfacio · 141
Lecturas · 145

Introducción

Al comienzo del Génesis (3, 4) la serpiente convence a Eva de que coma con Adán el fruto del árbol del conocimiento. Entonces «sus ojos se abrirán» y verán por primera vez su desnudez. Así comienza la historia del conocimiento y del deseo. Ver, desear y, al final, morir. El tiempo, su transcurrir en nuestras venas, se vuelve dominante. El esplendor del instante, su deslumbrante revelación, sanciona su fugacidad. El tiempo corroe la vida y la exalta. Junto con el conocimiento y el deseo nace también el amor por la fragilidad de la existencia. Las cosas se arruinan.

El Dios del Génesis, severo, le responde al hombre (3, 19): «Polvo eres y al polvo volverás». No podía ser más claro. El precio a pagar por el conocimiento es la muerte, en su fluir a través de la vida. Si se quiere ver, o mejor, si en el destino está escrito que se vea cueste lo que cueste, si se quiere desear, si se quiere conocer (y con esto se entiende lo poco que el conocimiento tiene que ver con principios puramente racionales), debemos convertirnos en mortales. Los dioses son indiferentes. Para los hombres, así empieza la diferencia.

Hasta que no conozcas, hasta que no comas el fruto del árbol del conocimiento, serás eterno. No sabrás qué son el bien y el mal, el deseo, la atracción de los cuerpos, la muerte. Vives desnudo junto a otra persona desnuda en un jardín de las delicias, pero sin sabor. Y por lo tanto, sin saber.



Vencido por el deseo y la curiosidad, el hombre come del fruto del árbol del conocimiento. De pronto se da cuenta de su desnudez, de la belleza del ser que está junto a él, ve ante sí la frágil delicia del mundo. Le gusta el sabor. Pero no puede ser eterno. Todo tiene un precio. El conocimiento pone en juego la vida como temporalidad. La extensión infinita del tiempo lo adelgaza. La belleza, en el momento en que se la percibe, empieza a agrietarse. El cuerpo desnudo, que tiene una superficie pulida llena de curvas y ensenadas donde sumergirse en el placer, envejece, se arruga, se deteriora y muere. En su interior las vísceras producen sustancias que son expulsadas por la comida, pero también por el amor y el dolor.

Es curioso que todo esto nazca del árbol del conocimiento. Por otra parte, estamos hechos de polvo y saliva. Nada más.

El tiempo es nuestra carne. Estamos hechos de tiempo. Somos el tiempo. Es una curva inexorable que condiciona cada gesto de nuestra vida, incluida la muerte.

Vemos algo y ya no está. En eso radica su suprema belleza. Un rayo de luz que ilumina la columna de un templo en Selinunte, el último, antes de que caiga la noche; la mirada de quien te ama, atrapada en su sorpresa, el reflejo en un charco de agua de las líneas de una casa, antes de que la lluvia comience a agitar la superficie. Son instantes fugaces. No volverán. Sin embargo, siguen llenando nuestra existencia. En el recuerdo, la luz de aquel momento se difunde sobre nosotros. El tiempo nos la devuelve en oleadas, como la resaca de las marejadas de invierno sobre las rocas.

Ese instante, para nosotros, es la verdad. El desvelamiento. De la niebla de la nada emerge el espectro del ser. La mirada ha desgarrado el velo del olvido. Después, ya nada será lo mismo.

Nace así la nostalgia, el doloroso deseo del regreso. La mirada sobre aquello que ya no está se espesa en la memoria. Los instantes pasados reviven en el recuerdo. De la *Odisea* al *Zaratustra*, nuestra vida se basa en esta palabra: *nostalgia*. En ella está inscrito el tiempo, su compañero fiel. La temporalidad del hombre, su caducidad, generan esta mirada siempre vuelta hacia atrás (Rilke), incluso cuando mira hacia delante. No es amor de una patria lejana, no es amor por la propia tierra, son una serie de instantes absolutos, que regresan.

El repique de las campanas en un mediodía de marzo evoca los repiques que han generado otras campa-

nas. La *madeleine* proustiana se abre a la relación entre el tiempo y la memoria, entre la memoria y la nostalgia. La visión no es sólo la de algo que está ahí, sino que constituye la suma de una serie de visiones. La nostalgia es nuestra vida.

Los lugares tienen para nosotros un significado en la medida en que están vinculados a una estratificación de sensaciones, de imágenes que los hacen vivir, y que no son necesariamente las nuestras. El alma de los lugares, el sentido de su ser, es independiente de nosotros. Pero esta alma está determinada por su fragilidad temporal. El tiempo los modifica y les aporta un aura encantada. La nostalgia, como sentimiento fundador, se apropia de ellos. El tiempo que fluye vuelve sobre sí mismo como una imagen. Lugares no necesariamente nobles: charcos, ruinas, fragmentos del mundo, son el sentido del ser.



El polvo del que estaba hecho el primer hombre, Adán, es aquel que se deposita sobre las cosas, un manto que las recubre y las protege. Todo se degrada, todo se consume y se arruina. Pero la ruina tiene un encanto deslumbrante.

Este libro habla de la nostalgia que se apropia de objetos y lugares, del descuido del hombre por su destino, de la violencia que la tecnología moderna ejerce sobre nuestros lugares y nuestro mundo, del paseo silencioso por un camino rural, de patios abandonados, de la lluvia que gotea en los cristales.

Son las pobres cosas que dan testimonio de un mundo perdido, cuyas huellas apenas visibles constituyen el tejido de nuestra vida.